

Ficha 3: EVANGELIZAR HOY

La vida como vocación. Señor, ¿qué quieres de mí?

Una propuesta: Dominica de la Anunciata

INTERIORIZO

Las ACG nos recuerdan que en la misión evangelizadora nuestra Congregación descubre una de las páginas más ricas de su historia y más apasionantes de su presente, una exigencia a continuar iluminando las tinieblas y afrontando desafíos (cf. p.40). Uno de ellos es el de «**promover la cultura vocacional y proponer la vocación como Dominica de la Anunciata**».

A lo largo de estos años, especialmente en el año vocacional, a través de retiros, “conversaciones vocacionales” y otros documentos, hemos profundizado sobre la cultura vocacional. Hoy, volvemos sobre este tema apoyándonos en la reflexión del claretiano Juan Carlos Martos sobre pastoral vocacional que nos ofrece una visión actual de lo que ha de ser hoy la Pastoral Vocacional y de lo que las congregaciones religiosas estamos llamadas a impulsar. Evangelizar tiene mucho que ver con dar a conocer lo que hemos «visto y oído», en ayudar a descubrir la vida como vocación y en nuestro caso, también en dar a conocer la VR desde el carisma del P. Coll.

1. Pastoral Vocacional

Dimensión activa de la pastoral vocacional: transmisión

J. C. Martos plantea la necesidad de que la pastoral vocacional propicie que “encuentro y diálogo”-elementos esenciales de la vocación-, se produzcan. En el camino de la vocación no se avanza sólo con contenidos teórico-doctrinales, sino a través de sucesivas experiencias, posibilitando espacios donde la persona se encuentre con Dios. Por eso, transmitir la llamada, comunicarla es, ante todo, crear un flujo de experiencias. Luego, vendrá el tiempo de profundizar y ahondar, pero lo primero e insustituible es la experiencia personal.

A nivel pastoral debemos cuestionarnos no tanto sobre lo que hacemos, sino sobre si ofrecemos espacios que favorezcan la experiencia de un encuentro: transmisión y acogida de la llamada de Dios. Una pastoral vocacional que no se base en suscitar tal experiencia no encontrará razones para afrontar de raíz los problemas que acarrea la fidelidad de la respuesta a la llamada.

Si entendemos la pastoral como un acontecimiento de transmisión, el ayudar a descubrir la vida como vocación y dentro de las diversas vocaciones proponer la VR, hace que nos planteemos preguntas sobre los elementos propios del acto de la comunicación -emisor, canal, mensaje, receptor.

Transmitir con «auctoritas»

¿Quién autoriza a una persona o a un colectivo a erigirse en mediador vocacional?, ¿quién autoriza a una persona a acompañar a otros?, ¿quién le autoriza a certificar si el otro tiene vocación?, ¿cuándo y dónde y cómo surge esa *auctoritas*?

El legítimo portador de esa *auctoritas* no puede ser otro que la misma comunidad

cristiana. Es toda la comunidad el sujeto de la pastoral (en todo caso la persona “delegada” deberá motivar a toda la comunidad para que funcione en clave vocacional. Por ello, la acción pastoral-también la vocacional– debe ir dirigida no sólo a los de fuera, sino incidir también en los de dentro.

El “lenguaje” vocacional

El *emisor* es el propio agente de pastoral, considerado no individualmente, sino en el entramado de la comunidad cristiana a la que pertenece y de la Iglesia, agraciada con una vocación que le capacita para vivir de la Palabra y anunciarla proféticamente al mundo. Transmitir un mensaje depende del propio lenguaje, del gesto lingüístico. La irrupción de Dios en la historia pasa por la diversidad de nuestros lenguajes. Por ello, la pastoral vocacional deberá preguntarse cómo expresa a Dios con su lenguaje total, con su gesto lingüístico.

Hemos de comprobar que somos canales que permiten la transmisión de forma significativa y eficaz. El objetivo consiste en verificar si se da o no un desfase entre lenguaje teórico y visibilidad social significativa. Hay que comprobar que la propia forma de ser y de vivir incita, en especial a los jóvenes, a realizar una experiencia de encuentro, que en su momento adquiera tintes vocacionales.

Es muy importante el testimonio, pues la vocación se transmite por mediación personal, de tú a tú.

El mensaje vocacional

En pastoral nos jugamos todo a la hora de comunicar. No podemos transmitir cualquier cosa, porque corremos el peligro de falsear o mutilar la Palabra. No se debe perder lo fundamental, no se deben hacer rebajas o poner todo fácil y edulcorado para que sea aceptado el evangelio de la vocación. Esto nos sitúa en el umbral de la fidelidad.

La experiencia vocacional que se transmite y su envoltura carismática, es actualización de una herencia, y para conservar su autenticidad tiene que mantener clara y explícita la referencia a los contenidos objetivos de la fe y del carisma. Toda pastoral vocacional debe sustentarse sobre la Palabra. Sólo ante la Palabra puede originarse la llamada, la vocación. No puede haber pastoral sin ayudar a leer, meditar, contemplar y encarnar el texto de la Palabra.

Hemos de privilegiar una pastoral testimonial que integre la narración de la propia experiencia religiosa, sin excluir sus sombras.

Los destinatarios

Los destinatarios (receptores) engloban tanto a quienes son creyentes como a quienes no han escuchado aún la Palabra o no han respondido a ella. Y los hemos de considerar ubicados en los diferentes contextos en los que estamos presentes.

La acción comunicativa dirigida a ellos no sólo debe afectarles, sino que ha de repercutir también en el emisor. Este servicio comunicativo exige en particular, hacerse entender por ellos.

Evitemos el lenguaje vacío y ambiguo de aquellas acciones pastorales que por inercia asimilan acríticamente los lenguajes de los teléfonos móviles y de internet. Éstos sirven para lo que sirven; pero con ellos no se adquiere nunca la profundidad de la vida. Se olvida que aquella pastoral que se reduce a barnices y a superficialidades se inutiliza a sí misma porque impide radicalmente la inmersión en la hondura del misterio.

La dimensión pasiva de la pastoral vocacional

Vocación significa llamada. Sólo podemos hablar de vocación cuando hay alguien que llama. Centremos la atención en ese Alguien que llama. En virtud de esa experiencia de encuentro con este Alguien, la persona llega a conocerlo en el centro de su existencia y a convertirlo en el sujeto de la propia vida. A veces, corremos el peligro de dejar a ese Alguien en segundo plano y llegar a realizar procesos pastorales sin Dios. Cuando esto se da, las llamadas las hacen inevitablemente otros. Desde este planteamiento del tema nos jugamos el concepto de las imágenes de Dios.

El Dios que llama y sus imágenes

Uno de los problemas fundamentales de nuestra cultura antivocacional, e incluso de las crisis vocacionales que provoca, se sitúa en torno a las falsas imágenes de Dios que la sustentan. Por eso, la pastoral vocacional debería clarificar y depurar su pedagogía sobre la imagen de Dios.

No se trata de eliminar todas sus imágenes pero sí de escrutar si la imagen de Dios que se maneja en la pastoral coincide con la que ofrece el Evangelio. Porque es frecuente “arrancar” del Evangelio ciertas páginas para autodefenderse y justificarse. Con ese procedimiento se deja paso libre a los ídolos (todo aquello que ocupa el lugar de Dios en nuestro corazón y dirige y organiza nuestra vida). Y ése es precisamente el problema radical de la fe.

Tal vez el primer compromiso de la pastoral sea derrotar a los ídolos, no sólo a los malos- que se enfrentan directamente con Dios- sino a los *idolillos buenos*-aquellos que puján por introducirse sin que aparentemente impidan de inmediato la *incondicionalidad* debida a Dios. Lo importante no es ser “buenos”, sino hacer lo que Dios quiere. El problema de la pastoral vocacional es de escucha, de reconocimiento y de cumplimiento de la voluntad de Dios.

La pastoral vocacional deberá generar por tanto una pedagogía que diferencie lo bueno de lo que constituye la voluntad de Dios en la persona. Si antes se daban excesos de ascesis en la pedagogía vocacional, al quitarlos podemos quedarnos sin la predicación de la cruz. Y podemos estar trabajando desde una concepción de seguimiento sin cruz, que es tan bien acogida por el mundo posmoderno. Pero, no olvidemos que ¡tenemos anticipada la victoria de la resurrección! Desde esa clave pascual podemos proponer la cruz como ingrediente necesario de la llamada vocacional. Ese sentido de cruz se encarna y tiene mucho que ver con situaciones concretas: la oración fiel que pasa por momentos de aridez, el sacrificio de la entrega gratuita, la disciplina derivada de las exigencias del camino, la organización del propio tiempo, las renunciadas a cosas buenas...

Olvidar esto acarrea graves riesgos.

La escucha y la acogida de la llamada

Frente al misterio de Dios que llama, se encuentra el misterio de la persona que recibe, acoge y responde a su llamada.

“Hospitalidad”, “oyente de la Palabra”, “obediencia de la fe”, bajo estas expresiones y otras muchas, nos referimos al hecho de recibir y admitir en el propio espacio vital al Otro, tal y como es. Estamos hablando de la acogida de un Dios Trascendente, al que ninguna acción humana por sí misma es capaz de alcanzar. Sólo Dios da la vocación, por ello, el papel de la pastoral se limita a invitar a que otros se abran a dicha *hospitalidad*. La respuesta vocacional, por lo tanto, está contenida en un acto de fe, por la cual se da sentido a todo.

Partiendo del axioma de que Dios es sumamente trascendente y, por tanto ninguna acción humana puede alcanzarle, podemos reconocer cuatro experiencias humanas derivadas de esta afirmación:

1. *La sensación de impotencia radical*, la imposibilidad de fabricar la vocación por nosotros mismos. Sin llamada de Dios no puede darse una pastoral vocacional, por tanto, únicamente se puede plantear una verdadera pastoral vocacional desde el descentramiento que se produce en procesos de oración, de liturgia, de pasividad purificada... La trascendencia de Dios debe formar parte de la estructura de nuestra pastoral vocacional. Sin Dios no se puede ser fiel a Dios.

2. *La esperanza*: permite comprender que, en la medida que se experimente la propia *imposibilidad radical*, Dios empieza a ser el centro de la propia pastoral. Es en la debilidad, en la pobreza y en la fragilidad donde se muestra Dios. Esta esperanza inquebrantable se gana solamente en “las lágrimas de Pedro”, es decir, dejándose mirar por Jesús.

La pastoral favorece ante todo la creación de espacios de silencio para la escucha, de forma que cada persona llegue a entenderse con Dios, que se manifiesta libremente. La pastoral vocacional, a través de esos ámbitos de silencio, ha de evidenciar que se dan condiciones para poder abrazar la *libertad de los hijos de Dios*. Tal *libertad* no es contraria a la docilidad, como libertad interior para dejarse guiar por un hermano mayor con todo lo que este caminar comporta. La pastoral vocacional cabalga sobre esa *docilidad*.

La intuición vocacional de la persona va siendo tanto más positiva cuanto más sepa aprender, dejarse guiar, saber cambiar. Y, a su vez, lanza una alerta a quienes no han tenido más guía que ellos mismos y no admiten que tienen que aprender a aprender. Vemos la necesidad de detectar y comprobar la *gratuidad* de la respuesta. Lo que mide la existencia y el peso de la llamada real de Dios en una persona será precisamente su crecimiento en gratuidad y no tanto sus comportamientos externos que pueden ser engañosos. Desde las claves de silencio, de libertad y de gratuidad, se alza otra dimensión. La pastoral vocacional debe favorecer la experiencia de la *luz*; buscará purificar la mirada para que cada cual vea su vida entera bajo la luz de Dios. Porque eso

es precisamente la vocación: un cambio de mirada.

3. *El silencio de la encarnación: "Heme aquí"*. El camino vocacional no nos precipita hacia el *hacer* sino hacia el *ser*. Dios nos hace invitaciones abiertas que reclaman confiar: "Sal de tu tierra", sin detallar hacia dónde hay que dirigirse. Siguiendo a Jesucristo, sólo se sabe que el itinerario viene trazado por su misma vida y se recorre desde el silencio, la libertad y la gratuidad en la vida cotidiana. Mirando la vida de Jesús, percibimos un gran desequilibrio: treinta años de casi total silencio frente a tres años de palabra. Por ello, hacer pastoral vocacional significa silenciarlo todo y acallarse para que Dios hable. Él se hace presente en el silencio.

4. *Los procesos pedagógicos* del itinerario vocacional: El crecimiento y la madurez vocacionales se van alcanzando al armonizar *procesos e ideales*. No son válidos aquellos procesos vocacionales que no proponen ideales altos; pero también serían inútiles aquellos ideales que no se traducen en procesos pedagógicos que hay que iniciar y recorrer. El gran reto es ofrecer itinerarios de crecimiento que promuevan los ideales en proceso. Se trata de mantener cierto equilibrio entre ternura y exigencia de manera que no se ofusque la radicalidad del dinamismo del amor que hay debajo. Y eso es lo que funda la *fidelidad: fidelidad que posibilita una reconciliación con el pasado. Es la máxima manifestación de la libertad*: lo pasado no se puede borrar, pero tampoco se puede reprimir. El pasado sólo se puede recolocar. Se trata de liberarse de la cadena que ata al pasado para acoger la invitación de Dios a la libertad y abrir un futuro nuevo de vida. Esa libertad en el presente se traduce como caridad, como eucaristía; y de cara al futuro como esperanza inquebrantable.

2. Una propuesta: Dominica de la Anunciata

La pastoral vocacional es inherente al fin de la Congregación. El P. Coll se interesó directamente por la formación de la juventud, y particularmente por facilitar a las jóvenes con vocación a la vida consagrada el cauce de responder a la llamada de Dios.

La primera crónica de la Congregación recoge los dos motivos que llevaron al P. Coll a fundar La Anunciata: «concibió el santo proyecto de iniciar una asociación religiosa que abrazara los dos objetos, esto es, la santificación de tales jóvenes por medio de la vida religiosa y la observancia de la Regla de la Tercera Orden del Padre Santo Domingo y la buena educación de las niñas bajo la dirección de aquella» (cf. Crónica T.I, 2ª edic. pp.13-14).

En sus misiones populares el P. Coll alimentaba su sueño apostólico y lo comunicaba a las jóvenes inquietas vocacionalmente. A Margarita Santaeugenia sintiéndose llamada a ser religiosa le anunció: « Dentro de poco tal vez saldrá una Congregación [...] en ella tendrán entrada una multitud de doncellas pobres y de humilde condición y su fin será enseñar la doctrina cristiana y todo lo que sepan en las fundaciones donde sean llamadas».

Numerosas páginas de nuestra historia desvelan el compromiso que la Congregación ha tenido desde sus inicios con la pastoral juvenil vocacional. Al inicio de esta ficha decíamos

que en la misión de evangelizar, está inherente el ayudar a descubrir la vida como vocación y en nuestro caso, también en dar a conocer la VR desde el carisma del P. Coll. El Proyecto Marco General de Evangelización (PMGE) marca como objetivo general de la pastoral juvenil vocacional: «Anunciar a Jesucristo y su Evangelio a adolescentes y jóvenes, de manera que entren en un proceso personal de seguimiento de Jesús que les lleve a crecer como personas y a orientar su vida en el horizonte del reino, en una vocación concreta en la Iglesia».

Ahora, nos centramos más concretamente en la responsabilidad que tenemos como Dominicanas de la Anunciata de promover la pastoral vocacional específica.

Volvemos a recordar lo dicho ya en muchas ocasiones, cada hermana hemos de estar dispuestas a proponer a los jóvenes de hoy el seguimiento de Jesús como una vocación a la cual el Señor los puede estar llamando e intentar suscitar en ellos la pregunta “Y yo, ¿por qué no podría seguir a Jesús en la vida consagrada?”.

El año pasado recordamos, al sentirnos convocadas para convocar, (Ficha 2) que las Dominicanas de la Anunciata debemos ser animadoras vocacionales, no vamos a insistir más en ello, pero sí hacer una invitación a que cada una nos preguntemos cómo lo estamos siendo; si nuestra oración y testimonio de vida responden a esa responsabilidad de ser animadoras vocacionales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS PARA AMPLIAR LA REFLEXIÓN

PMGE, *Pastoral vocacional específica*, pp.76-79.

LA RIQUEZA DE LA COMUNIDAD

- Comparte con tu comunidad algunas de las ideas que más te han llamado la atención del tema propuesto e intenta hacer alguna sugerencia para la animación vocacional desde tu propia comunidad.
- Como comunidad, ¿cuidamos nuestros encuentros con el Señor?, ¿ofrecemos espacios que favorezcan a los jóvenes el encuentro con el Señor?
- Nuestra propia forma de ser y de vivir ¿incita a realizar experiencias de encuentro con Dios, que en su momento puedan llegar a tener tintes vocacionales?

UNA COMUNIDAD QUE CELEBRA

MÚSICA. ESPACIO DE SILENCIO...

Bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». Al instante, dejando las redes, le siguieron. Mt 4,18-20

Esta también es nuestra historia. El Señor nos llamó un día y dejándolo todo le seguimos. Nos llamó en un momento concreto de nuestra vida y en un contexto determinado, tanto personal como congregacional. Desde aquella llamada han pasado años, más o menos, y cada una de nosotras en nuestro caminar en la vida religiosa como Dominicas de la Anunciata, experimentamos que, igual que entonces el Señor nos llama cada día e igual que en aquella llamada, lo hace pronunciando nuestro nombre.

La animación vocacional que estamos llamadas a hacer, nuestra propuesta a los jóvenes de hoy a escuchar a Jesús y vivir la vida como vocación; es una buena ocasión para reavivar el don que recibimos del Señor que nos salvó y nos llamó a una vida consagrada (cf. 2Tm, 1,6-12).

CANTO: TÚ ME LLAMAS POR MI NOMBRE (CNF nº.185)

1. Tú me llamas por mi nombre y me ofreces tu amistad
a tu lado mi horizonte es camino y libertad;
a tu lado mi horizonte es camino y libertad
en servicio de los hombres anunciándoles la paz.

**Id y proclamad, id y proclamad,
proclamad la salvación sed testigos de mi amor,
proclamad la salvación sed testigos de mi amor.**

2.No tememos las heridas, el cansancio y soledad;
que el que muere y da la vida, al final la encontrará.
Proclamando el nuevo día construimos tu ciudad,
defendiendo la justicia trabajamos por la paz.

3. Aunque no llevéis alforjas, ni sandalias ni bastón;
aunque no llevéis dinero ni os reciban con amor,
proclamad, proclamad, proclamad la salvación.

REFLEXIÓN:

Me llamas por mi nombre. No es que me llames como a todos, así, en un mismo saco. Me llamas como soy, con mis límites y mis talentos, con mis dudas y mis certezas. Me llamas por mi nombre, con mi historia; conoces mis heridas, y mis posibilidades. Tú sabes cuál es mi sueño, y cuál es la meta que pones en mi horizonte. Tú sabes cuándo me caigo, cuánto te vendo, cuándo te busco y cuándo te rechazo. Y siempre, siempre, me estás llamando por mi nombre. Y hoy, vuelvo a preguntarte:

¿A qué me llamas? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué puedo hacer yo?

TIEMPO PARA MEDITAR EN SILENCIO...

Me llamas ahora. Con urgencia... A veces quiero no pensar mucho. A veces prefiero dejar que las cosas lleguen solas (y solas no llegan). A veces pienso, ¿por qué yo? ¿por qué hoy? ¿por qué así? Y no tengo respuestas. Sólo la certeza de que AHORA es el tiempo de las respuestas. Ahora es la ocasión para cambiar, para optar, para soñar y perseguir las esperanzas. Me llamas con la urgencia de tu reino, que necesita tantas palabras, tantas manos, tantos corazones, tanto valor... Ayúdame a decirte sí, ahora... y siempre. Y me pregunto:

¿Dónde estás hoy en mi vida? ¿Qué quieres hoy de mí?

TIEMPO PARA MEDITAR EN SILENCIO...

Me llamas a vivir el Evangelio. Es decir, a anunciar, a enjuagar las lágrimas, a descubrir las posibilidades para el mundo quebrado, a tender puentes hacia quien está solo, a exigir justicia teñida de misericordia. Me llamas a descubrir una felicidad distinta, que empieza por pensar en el otro tanto como en mí. Me llamas a cambiar de lógica y a reírme de tantas cosas que a veces me parecen indispensables. Me llamas a vivir las bienaventuranzas, el amor, el compromiso, la fe, la alegría profunda... cuando tantas veces todo en mi vida me llama a vivir el sentido común, el interés, la despreocupación, la duda y la tristeza. Me llamas a vivir con pasión, el evangelio.

¿Cómo vivir la justicia? ¿Cómo vivir el amor profundo y gratuito? ¿Cómo encontrar la alegría profunda de quien te ama? ¿Cómo construir tu Reino?

TIEMPO PARA MEDITAR EN SILENCIO...

Y, hoy el Señor nos vuelve a decir:

***Hermana.....Ven, no apartes de mí los ojos,
te llamo a ti, te necesito para que se cumpla en el mundo el plan de mi Padre***

Momento para compartir...

COMPARTIMOS NUESTRA RIQUEZA (Reflexión para compartir con el resto de comunidades).

No todas nosotras, bien por edad, contexto, misión..., tenemos la misma oportunidad de contactar con el mundo juvenil, pero nuestra forma de vivir la vida religiosa también llega a través de las personas que sí se relacionan con nosotras; ellas pueden ser o convertirse en animadoras vocacionales de jóvenes a los que nosotras no siempre tenemos acceso.

- ¿Damos testimonio con nuestro ser y hacer de una vida religiosa vivida en fidelidad? ¿Qué imagen transmitimos de Dios?
- Hemos señalado que «Toda pastoral vocacional debe sustentarse en la palabra de Dios».
- ¿Ayudamos a las personas que se relacionan con nosotras, a leer, meditar, contemplar y

encarnar la Palabra?